

Un poco de cariño. Horror y sensualidad en relatos etnográficos

*Nahuel Adrián Blázquez*¹

¹ Universidad Nacional de Córdoba, Instituto de Antropología de Córdoba, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Córdoba, Argentina

Resumen

En este texto pretendo recuperar el lugar del horror y de la sensualidad en literatura de ficción y en diversas situaciones de mis investigaciones. La cuestión principal que busco indagar es: ¿cómo ser fiel a la voz de nuestros interlocutores cuando estos nos generan rechazo? Muchas veces, al vivenciar sus mundos debemos mirar hacia otro lado porque aquello nos produce malestar o resulta insoportable, pero al mismo tiempo captan nuestra atención. Paradojas como éstas podrían pensarse como quién «baila con el enemigo». Lejos de eso, diré que no se trata de cuestiones meramente «metodológicas», sino que implica una apuesta política y epistemológica para comprender mejor el mundo de las violencias y violaciones cometidas, porque como etnógrafos por más distancia analítica que establezcamos, de algún modo u otro nos alcanzan y repercuten. Luego, de la cuestión principal se desprende otra: ¿de qué manera lidiar con el malestar de esas voces en la etnografía? Me interesa reflexionar sobre la textualización—etnográfica y literaria—de estos mundos, porque quienes pesquizamos muertes crueles (linchamientos) o territorios turbulentos (prisiones) como los aquí retratados, solemos producir cierta fascinación en la construcción estética de nuestras etnografías. Para finalizar, observaré dos riesgos muy costosos a costa de fascinar: fetichizar la violencia e higienizar la política.

Palabras clave: Malestar; Fetichismo de la violencia; Higienización de la política; Texto etnográfico

A little bit of caress. Horror and sensuality in ethnographic reports.

Abstract

In this text I intend to recover the place of horror and sensuality in fiction literature and in different situations of my research. The main question I seek to investigate is: how to be faithful to the voice of our interlocutors when they generate rejection? Many times, when we experience their worlds, we must look away because they make us feel uncomfortable or unbearable, but at the same time they capture our attention. Paradoxes like these could be thought of as ‘dancing with the enemy’. Far from that, I will say that these are not merely ‘methodological’ questions, but imply a political and epistemological bet to better understand the world of violence and violations committed, because as ethnographers, no matter how much analytical distance we establish, in one way or another they reach us and have repercussions. Then, from the main question follows another one: how to deal with the discomfort of these voices in ethnography? I am interested in reflecting on the textualization - ethnographic and literary - of these worlds, because those of us who investigate cruel deaths (lynchings) or turbulent territories (prisons) such as those portrayed here, tend to produce a certain fascination in the aesthetic construction of our ethnographies. To conclude, I will note two very costly risks at the cost of fascination: fetishizing violence and sanitizing politics.

Keywords: Discomfort; Fetishism of violence; Hygienization of politics; Ethnographic text.

Um pouco de carinho. Horror e sensualidade em relatos etnográficos

Resumo

Neste texto, pretendo recuperar o lugar do horror e da sensualidade na literatura de ficção e em várias situações de minha pesquisa. A principal questão que busco investigar é: como podemos ser fiéis à voz de nossos interlocutores quando sentimos repulsa por eles? Muitas vezes, quando vivenciamos seus mundos, temos de desviar o olhar porque eles nos fazem sentir desconfortáveis ou insuportáveis, mas, ao mesmo tempo, captam nossa atenção. Paradoxos como esses poderiam ser considerados como “dançar com o inimigo”. Longe disso, direi que essas não são questões meramente “metodológicas”, mas implicam um compromisso político e epistemológico para entender melhor o mundo da violência e as violações cometidas, porque, como etnógrafos, por mais distância analítica que estabelecamos, de uma forma ou de outra elas nos alcançam e têm repercussões. Então, a partir da pergunta principal, segue-se outra: como lidar com o incômodo dessas vozes na etnografia? Interessa-me refletir sobre a textualização - etnográfica e literária - desses mundos, pois aqueles de nós que investigam mortes cruéis (linchamentos) ou territórios turbulentos (prisões) como os aqui retratados tendem a produzir certo fascínio na construção estética de nossas etnografias. Para concluir, observarei dois riscos muito caros à custa do fascínio: fetichizar a violência e higienizar a política.

Palavras chaves: Desconforto; fetichismo da violência; higienização da política; texto etnográfico

Un poco de cariño. Horror y sensualidad en relatos etnográficos

Nahuel Adrián Blázquez

A modo introductorio. *Un falo enorme, demasiado filoso para el amor*

No imagino otro modo de comenzar que no sea con «El niño proletario», el cuento de Osvaldo Lamborghini (1988 [1973]). Cuando empecé a estudiar casos de linchamientos en la ciudad de Córdoba (Argentina) para indagar diferentes sentidos atribuidos a la categoría violencia, este texto fue uno de los primeros materiales con los cuales me topé al construir mi objeto de investigación. El argumento de la obra literaria es bastante sencillo, dejemos que sea el mismo narrador quien lo presente: «¡Estropeado!, con su pantaloncito sostenido por un solo tirador de trapo y los periódicos bajo el brazo, venía sin vernos caminando hacia nosotros, tres niños burgueses: Esteban, Gustavo y yo» (p. 64).

El cuento es narrado en primera persona. Como se observa cuatro son los personajes, todos varones, tres niños burgueses y otro que, a juzgar por la descripción de su vestimenta y su condición trabajadora, no puede ser sino el niño proletario. Pienso que este texto de ficción, impregnado de un clasismo setentista, rápidamente habría caído en el olvido si no fuera porque al horror practicado por Esteban, Gustavo y el personaje principal sobre Estropeado no le hubiera correspondido semejante cuota de sensualidad en su retrato. Observemos el momento en que los niños burgueses deciden desvestir al niño proletario.

Esteban se lo arrancó y quedaron al aire las nalgas sin calzoncillos, amargamente desnutridas del niño proletario. El goce estaba ahí, ya decretado, y Esteban, Esteban de un solo manotazo, arrancó el sucio tirador. Pero fue Gustavo quien se le echó encima primero, el primero que arremetió contra el cuerpito de ¡Estropeado!, Gustavo, quien nos lideraría luego en la edad madura, todos estos años de fracasada, estropeada pasión: él primero, clavó primero el vidrio triangular donde empezaba la raya del trasero de ¡Estropeado! y prolongó el tajo natural. Salió la sangre esparcida hacia arriba y hacia abajo, iluminada por el sol, y el agujero del ano quedó húmedo sin esfuerzo como para facilitar el acto que preparábamos. Y fue Gustavo, Gustavo el que lo traspasó primero con su falo, enorme para su edad, demasiado filoso para el amor.

Esteban y yo nos conteníamos ásperamente, con las gargantas bloqueadas por un silencio de ansiedad, desesperación. Esteban y yo. Con los falos enardecidos en las manos esperábamos y esperábamos, mientras Gustavo daba brincos que taladraban a ¡Estropeado! y ¡Estropeado! no podía gritar, ni siquiera gritar, porque su boca era firmemente hundida en el barro por la mano fuerte militari de Gustavo.

A Esteban se le contrajo el estómago a raíz de la ansiedad y luego de la arcada desalojó algo del estómago, algo que cayó a mis pies. Era un espléndido conjunto de objetos brillantes, ricamente ornamentados, espejeantes al sol. Me agaché, lo incorporé a mi estómago, y Esteban entendió mi hermanación. Se arrojó a mis brazos y yo me bajé los pantalones. Por el ano desocupé. Desalojé una masa luminosa que enceguecía con el sol. Esteban la comió y a sus brazos hermanados me arrojé.

Mientras tanto ¡Estropeado! se ahogaba en el barro, con su ano opaco rasgado por el falo de Gustavo, quien por fin tuvo su goce con un alarido. La inocencia del justiciero placer (Lamborghini [1973] 1988: 64-65).

El texto literario tiene un contenido sexual explícito. La forma de abusar y matar a un niño me perturbó cuando tenía 25 años, y hoy, 10 años después, lo sigue haciendo. Sucede algo similar con otros cuentos de la literatura argentina como «El Matadero» de Esteban Echeverría (2006) o «La Fiesta del Monstruo» de Jorge

Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (Bustos Domecq 1977), donde la violencia exhibida y atribuida a las clases populares (la facción de federales en el siglo XIX y los muchachos peronistas en el XX, respectivamente) se muestra ferozmente.¹ Sin embargo, creo que el cuento de Lamborghini se caracteriza en algo que resalté antes, la forma en la que el autor exhibe sensualidad delante de tanto horror. Aunque no es objeto de este artículo, quiero señalar que mucho se ha dicho sobre un concepto que brida la relación en la que predomina el disfrute, el goce o el placer en la perpetración de ciertas acciones: la crueldad². Y algo más, hay un elemento que subyace tanto en la parte literaria traída en este comienzo como en los fragmentos de mi trabajo de campo desplegadas en el próximo apartado que no quisiera que pase desapercibido, una dinámica ampliamente analizada por Rita Segato (2018), me refiero a la relación entre crueldad y masculinidad. Una relación que atraviesa la socialización y entrenamiento de jóvenes varones y modula la adultez.

Seguramente, parte de la discusión, sería posible trazarla alrededor de «Los encantos del delito» (2023) que Jack Katz puntualizó con «los atractivos positivos, a menudo maravillosos, de la experiencia vivida de la delincuencia» (2023:111). Es decir, la vivencia del delito (como también de los «encantos» y «atractivos» de vivir del delito) constituye la búsqueda de nuevos afectos y pasiones, pero también la necesidad de un abordaje analítico y una atención que privilegie las interacciones. Y este asunto es complejo ya que toca el centro de la cuestión cuando pensamos el vínculo etnográfico construido con nuestros interlocutores y luego, claro, la tarea de narrar los mundos vividos sin higienizar las dimensiones horribles y sensuales de las que forman parte. Es por ello que la pregunta principal que busco indagar aquí es: ¿cómo ser fiel a la voz de nuestros interlocutores cuando estos nos generan rechazo? Muchas veces, al vivenciar sus mundos, debemos mirar hacia otro lado porque aquello nos produce malestar o resulta insostenible, pero al mismo tiempo captan nuestra atención.

Y esto causa malestar, no podemos evitarlo, por lo que resta analizar de qué está hecho eso que tanto incomoda. En un libro en el que se busca problematizar el «mal-estar» que emerge de algunas etnografías, Rosana Guber (2019) propone una metáfora interesante, habla de lo que cuesta digerir o lo que genera regurgitación a la hora de pensar el trabajo de campo, específicamente con aquellos sujetos que son difíciles de tragar para el mundo académico. Entonces, si estas sensaciones existen, nos acompañan y pueden ser comunes a otros campos e investigadores pregunto: ¿qué ganamos con involucrarnos con interlocutores que frecuentemente desautorizan y menosprecian el conocimiento científico? ¿Por qué elegimos contar ciertas historias y de qué modo lo hacemos? ¿Hay límites éticos en los estéticos? ¿De qué modo contar lo que estos sujetos expresan abiertamente, sin vergüenza y hasta con regocijo? ¿Cuánto de esto estamos dispuestos a decir y los demás a escuchar? Estas cuestiones denotan que la investigación y la escritura etnográfica está envuelta en un sin número de complicaciones, y sin embargo, no hay certezas universales que calmen, manuales o respuestas acabadas en comités de ética. Y lo que es más importante, este orden no está reglado, pero sí sujeto a negociación por aquellas personas del campo (interlocutores, colegas y mediadores) que modulan las posibilidades de lo que se puede o no decir.

A modo introductorio resta solo un comentario más. ¿Por qué el diálogo con la literatura de ficción? Son varias las razones. En primer lugar, generar una incomodidad en el lector y disponer un terreno fértil para debatir las herramientas estéticas y precauciones éticas al momento de enfrentarnos con relatos violentos, pero

1 «El Matadero» es considerado uno de los primeros cuentos de la historia argentina y de la literatura hispanoamericana. Fue producida por Esteban Echeverría entre 1835 y 1840, época donde Juan Manuel de Rosas tomaba pose de su segundo mandato como gobernador de Buenos Aires. Dicha pieza literaria fue recién publicada en 1871, por Juan María Gutiérrez, quien, tras la muerte del escritor, se encargó de publicar las obras completas de este intelectual unitario. «La fiesta del Monstruo» fue escrito por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares en el año 1947, durante la primera presidencia de Juan Domingo Perón (1946-1955), bajo el seudónimo de Bustos Domecq. El cuento circulaba en manuscritos, y tras la caída del gobierno peronista, fue editado y publicado por primera vez del otro lado del Río de la Plata, con fecha de octubre de 1955 en el semanario *Marcha*.

2 En un reciente dossier titulado «la política de la crueldad» (2024) publicado en *LE MONDE Diplomatique*, edición argentina, Veronica Gago y José Garriga Zucal, ambos investigadores del CONICET, resaltan estos puntos: «¿De qué hablamos cuando hablamos de crueldad? Nos referimos al regocijo en el dolor ajeno. Gozar del sufrimiento del otro» (p.8) y «¿qué agrega, concretamente, la noción de crueldad a una fenomenología de la violencia? En principio, la crueldad señalaría un disfrute, un modo de placer asociado a la ejecución de la violencia» (p.4).

también con el objetivo de saber valorar este tipo de conocimiento y comprender un punto de vista intolerable cuando suspendemos ciertos prejuicios. A su vez, el fragmento literario citado—por su estrecha conexión con las sustancias que se comparten durante el trabajo de campo, por lo que se digiere y por lo que se expulsa de nuestros cuerpos—funciona como un hilo conductor en la trama del texto del que también forma parte el material empírico y su análisis.

En segundo lugar, soy consciente de que existen diferencias entre el fragmento literario y los fragmentos etnográficos aquí recuperados y que, sin las mediaciones necesarias, corremos el riesgo de dar «puntadas sin hilo». Sin embargo, sostengo esta vinculación literaria-etnográfica no porque permitamos sentirnos menos horrorizados o más condescendientes cuando lo que nos toca y provoca se aborda dentro del género de la ficción. Tampoco porque el arte tenga licencias que la ciencia no se permita. El asunto, a mi entender, gravita en otro lugar, recae en el despliegue narrativo, en eso que Walter Benjamin nos enseñó de manera preciosa: «el arte de narrar radica en referir una historia libre de explicaciones» (2012: 110). Esto es central en nuestro oficio, pues debemos resolver hábilmente la inscripción de lo empírico en lo textual, ya que nuestra potencia disciplinar a la hora de construir conocimiento antropológico está supeditada a saber *mostrar* la experiencia vivida en campo, a un *mostrar*—tal como nos invita a pensar Mariana Sirimarco (2019)—que sea deudor del ir y venir entre campo y teoría.

Es así que en la parte siguiente de este artículo voy a narrar dos fragmentos de mis investigaciones relacionadas con sujetos difíciles de lidiar. Pero más que *explicar*, pretendo que éstos puedan *mostrar* la incomodidad generada para luego ponderar cuestiones analíticas, epistemológicas y políticas devenidas de tales experiencias etnográficas. El primero trata sobre *El Oreja*, un taxista de Córdoba, que tuvo la oportunidad de perseguir a dos ladrones cuando éstos robaban a una mujer, y una vez derribados, los vecinos del lugar se encargaron de continuar lo que este hombre había comenzado. El segundo fragmento cambia de territorio y de personajes, sucede en una cárcel de esta misma ciudad junto a personas privadas de la libertad que decidieron contar historias en un taller de literatura. Valiéndome de este encuentro recupero el relato de *El Enmascarado*, donde el autor narra la situación en la que él y sus amigos atan, golpean y hacen sufrir a una madre y a su hija para robarle dinero y luego gastarlo en una desenfrenada noche de excesos.

¡Salvaje me puse!

Lo que aquí quisiera recuperar se relaciona con «linchamientos». Mientras cursaba mi maestría y realizaba el trabajo de campo en Córdoba, ciudad en la que vivo, advertí que mis interlocutores no concebían estos actos de la misma manera, más aún, no todos los entendían como «actos violentos». Me explico: en junio de 2015, el nombre de José Luis Díaz tomó trascendencia local, él era un joven de 23 años que viendo la posibilidad de robar un celular encontró la muerte; al menos siete vecinos lo amarraron, le pegaron y lo dejaron 13 días en terapia intensiva hasta que su vida, sostenida por un respirador artificial, se apagó. Frente a esta situación, algunos movimientos sociales y organismos de derechos humanos denunciaron lo sucedido, politizaron su muerte encuadrando el caso como un hecho racista con profundas marcas de clase, al mismo tiempo que exigieron juicio y castigo para los perpetradores por ser un hecho totalmente *injusto*. Sin embargo, para la madre del joven asesinado, lo sucedido era *indigno*, ya que no merecía morir de esa forma, ella repetía una y otra vez que a su hijo *lo mataron como a un perro* (Blázquez 2022a). En cambio, algunas personas involucradas con este tipo de prácticas con las cuales pude interactuar, no consideraban que éstas sean necesariamente *injustas* o *indignas*. Veamos el testimonio de *El Oreja*, un taxista que narra el momento vivido tras haber interceptado a dos ladrones mientras estos asaltaban a una mujer.

Todo empezó cuando veo a la chica en el piso, una criatura. A mí me dio asco, odio, ver cómo le estaban pegando (...) Los tipos estaban en moto pero parados, entonces yo me bajo para hacerlos cagar. La cosa es que se las pican,

yo hago reversa y los entro a perseguir. Venía a fondo, endiablado. La cuestión es que ellos doblan y yo ponele... habré venido a 70, 80, me abrí y doblé. Como me habían sacado un poco más de una cuadra de distancia, ellos quieren girar en «U» para que yo me coma el amague y pase de largo. ¿Qué? ¡Salvaje me puse! Cuando veo eso pegué el volantazo. ¡Al medio los agarré! [su mano se cierra en forma de puño, al igual que sus ojos, frunce el rostro, mientras una mueca de campeón transforma su cara]. Vos imagínate, habrán volado dos metros. ¡Los reventé! El auto quedó cruzado. Yo me bajé y, cuando me bajé, les di un poco de cariño. (Blázquez 2022b: 40-41).

En esta investigación, en la que buscaba indagar diferentes sentidos atribuidos a la categoría violencia, mi análisis sobre el trabajo de campo construido previamente fue que el «linchamiento» practicado por *El Oreja* y los vecinos del lugar, lejos de percibirse como un delito, algo *injusto* o *indigno*, se colocaba en un lugar diametralmente opuesto, es decir, reventar a golpes a un ladrón era la oportunidad perfecta para desplegar un espectáculo de *justicia* ampliamente aprobado (Blázquez 2018).

Al entrevistar a *El Oreja* me pareció interesante la forma en la que se ponía en juego «lo sucedido» con lo que «se cuenta que sucedió». El encuentro me generaba contradicciones: viajar acompañado del tipo que persiguió a dos ladrones para luego tirarles el auto encima, bajarse, arremangarse y ponerse en acción junto a los vecinos me generaba ansiedad y bajo su mirada me sentía diminuto; pero también me llamaba la atención su simpatía y generosidad para contarme cada detalle. A la hora de narrar su historia y convertirse nuevamente en autor de lo sucedido él era profundamente seductor, manifestaba un regocijo ante la desgracia ajena que me dejaba sin respuesta, absorto. Quizás pueda arriesgar una generalidad: los taxistas son estupendos contando historias. Son viajeros, conocedores excelsos de distancias, y si bien usan los pies y las manos para manejar, nadie podría negar que trabajan con la lengua. Utilizan los viajes para hilar historias, existiendo en su oficio una enorme sofisticación con el lenguaje oral. Y esto es importante: el lenguaje oral y el oficio están íntimamente ligados en el arte de narrar, ya que forma y contenido son partes inextricables. *El Oreja*, pertenece a este gremio, es un narrador extraordinario, esa fue mi percepción aquella noche cuando contó la hazaña sin dejar retazos, y al hacerlo, esparció una estela profundamente sensual en el habitáculo de su auto³. *Yo me bajé y, cuando me bajé, les di un poco de cariño...*

Frente a mi escucha interesada, *El Oreja* quería transformar su accionar en un relato épico: *¿Querés que te muestre el recorrido, amiguito?* Acto seguido apretaba el acelerador, cambiaba la perilla de G.N.C a nafta, haciéndome cómplice de las destrezas del motor. Esta era la ocasión perfecta para narrar y actualizar su experiencia. Esa noche reconstruyó todo el recorrido, la persecución, la caída, los golpes y el momento en el cual los vecinos se acercaron a continuar lo que él ya había comenzado.

—¿Qué pasó? Yo me bajé del taxi. Había uno que se me escapaba. Creeme que rompí un par de zapatillas, unas Adidas nuevas, ¡las abrí por todos lados! Yo soy rengo con la derecha, le pegaba con la renga, con la zurda, trompadas, le saltaba arriba de la cabeza, hasta que llegaron los vecinos. Cuando veo el auto... ¡uhhh me quería matar! Entre las ópticas y la parte del paragolpe no había nada, pero ¡nada! ¡nada! [*El Oreja lleva las manos sobre su cara mostrando un recuerdo ajado*]. Rompí el electro, eso me dejó de andar. Gracias a dios algún vecino abrió la puerta de atrás y guardó los repuestos, la patente del auto y la chapa de taxi.

—¿Vos les pegabas un poco a cada uno?

—¡A los dos les pegaba! ¿Viste cuando vos le das con bronca? [*sus manos hacen ¡plaf! ¡plaf! ¡plaf! ¡plaf!*]. Bueno, así. El de blanco estaba inconsciente [*El Oreja se echa para atrás, y se tira sobre el apoyacabeza, fingiendo un desmayo*].

3 «El arte de narrar está llegando a su fin» nos advirtió Walter Benjamin hace casi un centenario en *El Narrador* (2012 [1940]). Allí podemos encontrar herramientas preciosas para observar de manera calificada los paisajes narrativos de nuestros interlocutores, principalmente si pensamos al lenguaje mismo como forma de acción. Benjamin se apoya en el dictado popular que afirma que «cuando alguien se va de viaje tiene algo que contar» e inmediatamente piensa en la figura del marino mercante como alguien que viene de lejos. Creo que el oficio del taxista contiene algunas de esas características, principalmente cuando Benjamin nos enseña que todo maestro de la narrativa precisa de «la mano, el alma y el corazón» para contar historias. Esto nos obliga, tanto en el trabajo de campo como en la elección de la poética narrativa, a observar las dimensiones temporales de nuestros interlocutores a la hora de hablar de sí y de los demás, como en los gestos que yacen en la palabra pero que también la trascienden.

—¿Por el choque del auto?

—¡Nooooo, querido! ¡Por la caída a palos que les había pegado yo! Vinieron los vecinos y les siguieron pegando.

—¿Mujeres también?

—Síííí, todo el mundo les pegaba. Pero una mina me quiso frenar... me agarran por la espalda y yo me doy vuelta -levanta el brazo, lo deja firme en posición de combate y mira para atrás-, tiro una trompada y una minita de ojos claros me dice: «¡Pará! ¡Pará! ¡Los vas a matar!»

—¿Y qué le dijiste vos?

—Que sí, si yo quería eso. Yo les zapateé la cabeza, pedí la policía y me fui a la mierda. Con dos taxistas amigos nos juntamos a comer una picada y nos tomamos una o dos cervezas. Yo dije: «Me voy. Hay heridos, por más que uno no tenga la culpa, hay heridos, me van a trasladar, me van a secuestrar el auto y tengo alcohol en sangre». Agarré la radio y llamé a la central: QcQ le digo, QrB me dicen, enseguida pedí que manden la PL. (Blázquez 2022b).

En una investigación donde lo central gira en torno a relatos de violencia, tortura y terror, el antropólogo Antonius Robben (2011), advierte sobre algunos peligros y herramientas para lidiar con la «seducción etnográfica»⁴. Ahí da cuenta de conversaciones con víctimas y victimarios de violencia de la última dictadura militar argentina, son encuentros que él define como cargados emocionalmente, donde es leído por sus interlocutores como alguien que porta marcas privilegiadas (hombre, blanco y europeo), situación singular para construir datos que, de otro modo, afirma él, jamás conseguiría. Para Robben, allí operaba una seducción desplegada por sus entrevistados que «no sólo querían relatar su historia a un foráneo interesado, limpiar su nombre, o hacer catarsis, sino que realizaban una apuesta política al intentar hacerme adoptar sus verdades» (p. 12) sobre la violencia política de 1960 y 1970. Con esto, enfatizo la pregunta sobre cómo contar el campo que incomoda, pero hay algo más, Robben pone el acento en un punto de vital importancia para la práctica psicoanalítica: el fenómeno de la transferencia y de la contratransferencia. ¿Por qué es importante entender esto? Porque allí, las y los antropólogos podemos valernos de una valiosa herramienta a los fines de indagar en los soportes de credibilidad y confianza con los que construimos vínculos con nuestros interlocutores. En mi investigación, al subirme al taxi y preguntar a *El Oreja* por qué no viajaba armado, encontré algo interesante.

—Te arruinás, al salir armado te cagás la vida, hijo. Uno es un tipo trabajador, con familia, todo, y si vos le metés un tiro a estos giles (*jerga local para referirse a una persona menospreciada*)... [*muestra cara de resignado*] Porque, por ejemplo, vos, ¿tenés hijos o papá y mamá?

Asiento con la cabeza.

—Bueno, yo no tengo ni papá ni mamá. Sólo dos hijas, y una mujer que me espera todas las noches. Uno tiene muchas cosas que perder, estos negros no. Por eso, si vos los matás nos hacés un favor, ¿me entendés? Lo que podés hacer es capturarlos y llevarlos, qué sé yo... para algún campo y cagarlos bien a puñetes. En lo posible, meterles un martillazo en cada dedo o un tiro en las rodillas cosa que no puedan hacer más nada. ¿Me entendés? (Blázquez 2022b).

La seducción etnográfica—según Robben—es una dinámica que podría ubicarse «en los actos conscientes y defensas inconscientes» (p. 2) que puede surgir en las entrevistas con nuestros interlocutores con el objetivo de condicionar el resultado de una investigación, «la seducción otorga poder al entrevistado por sobre el

4 Para este autor, el término seducción con el que trabaja se aparta de la teoría de Freud, por lo que no es usado para connotar histeria o un deseo sexual, encantamiento o trampa. En lo que a este artículo pretendo, tampoco quiero vincular la seducción con un tinte sexual, y sí con el acto de fascinar, impresionar y cautivar en quién escucha que, como Benjamin nos enseñó, todo maestro de la narrativa precisa valerse de «la mano, el alma y el corazón» a la hora de contar historias. Dicho esto, Robben señala algo que no quiero dejar pasar: la seducción etnográfica debe ser ponderada como fuente de discernimiento y no de obstrucción.

etnógrafo» (p.12). Esta seducción de nuestros interlocutores opera «para desviar de ciertas áreas de conocimiento a los etnógrafos desprevenidos» (p. 4), o dicho de otro modo, «la seducción hace que el etnógrafo falle en mantener cierto grado de independencia frente al informante» (p.11). En la escena etnográfica recuperada, hay situaciones interaccionales y transferenciales que merecen atención. Resalto las marcas de privilegio que mi interlocutor adscribe: *El Oreja* me ubicó no solo como hombre y trabajador, si no como alguien que tiene familia. Estas distinciones tienen una magnitud importante en la configuración territorial donde se practican linchamientos—al menos los que tuve la oportunidad de estudiar en Córdoba—en la que los valores morales que se movilizan en el robo y en la condición trabajadora iluminan procesos de racialización y subalternización que conectan localmente en la configuración del barrio. En mi opinión, allí operaba la seducción etnográfica que Robben nos invita a pensar, ya que *El Oreja* buscaba una identificación conmigo a partir de estas distinciones, y por medio de estas, a la de los vecinos del lugar que defendían el territorio para que yo adoptara una posición: *si vos los matás nos hacés un favor, ¿me entendés?* Ahora bien, esta seducción era efectiva en la medida que yo me encontraba absorbido y un tanto inhibido delante de su relato brillante y enardecido.

¿Cómo enfrentar la seducción? La posibilidad de prestar atención a cómo había operado fue escuchando la entrevista y reinscribiendo el campo en lo textual. Allí pude observar otra arista del problema: fetichizar la violencia. A la hora de etnografiar estos encuentros cargados emocionalmente y buscar una poética narrativa que sea capaz de representar algo de estos mundos, solemos caer en la tentación de presentar atención exclusiva al horror y a la seducción evocados en el relato. Esto nos lleva a otra pregunta: ¿con que herramientas estéticas y con que precauciones éticas contamos las historias?

Reificar la violencia -clavar los ojos en las zapatillas rotas y detenernos en el festejo de *El Oreja* con sus amigos tomando cervezas luego de lo sucedido-, imposibilitaría observar, por ejemplo, los usos políticos del «vecino» con fines securitarios, o cómo la «vecinocracia» amalgama el nexo afectivo entre el valor del trabajo, la propiedad privada y la capacidad contributiva de quien defiende el territorio. El «detalle» de los vecinos guardando los repuestos, la patente del auto y la chapa de taxi (que no es otra cosa que la extensión de sí mismo como instrumento de trabajo) nos hablan de esto. Y más aún, la apuesta del detalle por el detalle mismo, exhaustivo o «pornográfico de la violencia» (Bourgois 2005), nos tornaría torpes e incapaces de reconocer que el contrato social es al mismo tiempo un contrato de género: se protege el barrio a condición de defender una mujer. El fetichismo de la violencia busca impresionar a costa de reducir analíticamente, es disección pura y dura, es, siguiendo una explicación rasa de fetichismo, atribuir a los objetos o fenómenos la cualidad de poseer poderes mágicos o sobrenaturales.

Avancemos ahora hacia el próximo fragmento.

Como nunca antes lo habíamos hecho en nuestras vidas

En la actualidad, en mi investigación doctoral, busco reflexionar sobre diferentes tipos de intervenciones gubernamentales en dos instituciones estatales: la cárcel y la universidad. Por un lado, me interesa indagar cómo la universidad pública transforma el espacio de la prisión en un territorio para ser intervenido y, a su vez, cuáles son los sentidos políticos de sus intervenciones. Por el otro, intento ver las marcas que deja la cárcel en la universidad y las formas en que las personas privadas de la libertad hacen uso de los espacios universitarios. En 2019, durante mi trabajo de campo, desempeñé tareas de gestión y docencia en el Programa Universidad Sociedad y Cárcel (PUSyC) de la Secretaría de Extensión Universitaria. En ese marco tuve la oportunidad de formar un equipo y llevar adelante un taller de escritura y lectura creativa en una cárcel mixta y abierta, la colonia penitenciaria N° 4 de Monte Cristo. Fue a partir de allí que, dentro de mis objetivos de pesquisa, encontré interesante reflexionar sobre los impactos del arte y la literatura producida en contextos de encierro carcelario.

Fruto de esa intervención publicamos *Martes a la Siesta* (Blázquez 2019), un libro de cuentos, relatos y poesías. Las personas detenidas no solo escribieron, sino que participaron de la edición y presentación del material en el Museo de Antropologías de Córdoba. En lo siguiente me gustaría recuperar un fragmento de un relato que lleva por nombre «Los pibes rochos», firmado por *El Enmascarado*. Veamos.

Empezó un sábado de otoño, estaba en la esquina del barrio con dos amigas y mi compañero, fumábamos un porro (*marihuana*) y hablábamos de lo que íbamos a hacer más tarde. Esa noche tocaba Jiménez en Sociedad Belgrano y teníamos ganas de ir. Sonó mi celular, me fijé, era Moria, atendí. Hola, amigo, qué onda para ir a laburar, me preguntó. La mejor, vamos, contesté. Les dije a las chicas que ya volvíamos y fuimos con mi compañero hasta mi casa, me subí al techo, levanté una teja y saqué mi arma, un 38 lechucero.

Esperamos a Moria en la vereda. Dimos unas vueltas por Cerro las Rosas, íbamos al bardo (*jerga local para referir a una situación caótica*), no teníamos nada planeado (...). Dimos la vuelta a la manzana y vimos una casa en construcción, nos metimos por un costado y pasamos derecho al fondo, trepamos una tapia y de ahí saltamos al patio de la otra casa, era inmensa, alto rancho. Tenía una ventana abierta y por ahí nos metimos. Era una pareja, estaban en el living, saqué el fierro (*arma*) y le apunté al hombre en la espalda, lo tiré al piso. Mi compañero subió a la parte alta y trajo a la hija. Entre los dos le atamos las manos al gil (*jerga local para referirse a una persona menospreciada*) y lo dejamos en el suelo. A la señora y a la hija las sentamos en el sillón y le pusimos una toalla en la cabeza para que no nos vieran. La señora estaba muy nerviosa, le pregunté qué le hacía falta y ella me pidió unas pastillas para los nervios. Tranquila, señora. Acá ninguno es violador, ni abusador, ni asesino, le dije y la acompañé hasta la cocina para que buscara las pastillas, ella sacó una y yo le serví un vaso de agua para que tomara.

Volvimos al living y mi compañero le gritó al gil: DAME TODA LA BURRA. ¿Qué cosa? preguntó el hombre. La guita (*dinero*) y las joyas, grité. No tenemos nada, todo lo tenemos en el banco guardado, dijo la señora. Dejá de mentir, si la burra está en tu casa, a vos te entregó (*delató*) la empleada, dije de una y le pegué dos fierrazos al tipo que lo hundió en el piso. ¡Cómo nos puede hacer esto! Se lamentó la señora.

(...) Le sacamos la llave del auto y se lo embagayamos, lo llenamos de electrodomésticos. En ese momento la llamé a Moria que seguía de campana. ¿Todo piola para salir, no hay nadie?, pregunté. Todo piola, ladrón, salgan tranqui, dijo Moria. (...) Todavía me duraba la adrenalina por haber metido un caño (*arma*) más junto a los pibes rochos.

Fuimos hasta el traficante, compramos un par de bolsas [cocaína], un par de porros, algunas roinol (*rohypnol, psicofármaco*) y nos fuimos al baile del mandamás, Carlos la Mona Jiménez. Esa noche bailamos con las traidoras (*adjetivo que refiere a sus parejas mujeres*) como nunca antes lo habíamos hecho en nuestras vidas. (Blázquez 2019).

Durante la presentación del libro, la lectura de este fragmento generó perplejidad entre el público presente. El escritor del relato, ante las autoridades del servicio penitenciario en sala, optó, obviamente, por mantener el anonimato, por lo que rápidamente se pasó a lectura de otras partes. En ese momento me grafiqué la idea de que textos como éste, historias así narradas y personajes del tipo generan reacciones difíciles de mostrar en público. No se sabe con claridad si se tiene que aplaudir por haber logrado concebir una buena historia en un lugar sórdido como es la prisión, reír de incomodidad o manifestar algún tipo de consternación por el daño que se afirma haber causado. ¿Con qué imágenes pensamos las prisiones? Y Más aún, ¿qué se busca y qué se espera de una persona presa que participa de actividades «resocializadoras»?

En lo personal, fue una sorpresa el relato de *El Enmascarado*, ya que no esperaba conocer en detalle cómo un ladrón golpea a un hombre, ata a una madre con una hija para desvalijar una casa y luego se regodea de lo sucedido en una noche de excesos. Sin embargo, con el equipo de docentes que llevamos adelante el taller de literatura, de ningún modo se nos pasó por la cabeza «desinflar» la historia y mucho menos sacarla de la edición final. Para el equipo que conducía la propuesta se abría una situación contradictoria: no queríamos caer en

una posición autoritaria o de censura como a menudo realiza el servicio penitenciario; pero nos graficábamos abiertamente la posibilidad de que una presentación desafortunada, sumado a su potencia seductora en la que se desdibuja los límites del horror y placer, podría contribuir a reforzar las percepciones negativas de las personas que habitan el encierro. Lo cierto es que las actividades educativas propuestas son resignificadas todo el tiempo en el territorio, y los destinatarios de éstas no siempre quieren ser «productivos» en sus estudios, avanzar en la progresividad de la pena o abrir su mundo a las «buenas intenciones» universitarias.

Habría que decir también que ninguno de los participantes del taller pidió retirar la historia del libro, tampoco lo hizo autoridad alguna al observar la muestra final previa a su impresión. En ese momento pensé que sacarla, hubiera respondido más a un «cuidado» como los que suelen tomarse con este tipo de programas educativos para conservar las vías institucionales que permiten el desembarco universitario en cárceles, que a un acto que corrompe el «espíritu de una política progresista». No obstante, la situación era lo suficientemente incómoda y singular como para no prestar atención al desacople de expectativas producidas en territorio, a aquello que emerge entre lo que se planifica y lo que efectivamente sucede.

¿Cómo lidiar con esto? En mi trabajo de campo percibí que las dimensiones morales no sólo están presentes en la prisión regulando la vida de aquellos que se relacionan con ésta, sino que son las substancias que nutren el desembarco universitario. Hay dos imágenes que pueden ayudarnos a visualizar esta idea. Por un lado, sucede que de manera recurrente se romantizan este tipo de intervenciones, ya que en repetidas ocasiones, «La Universidad»⁵, se presenta (y es representada) con una fuerza salvadora y paternalista que actualiza la matriz jesuítica que atraviesa su origen. De ahí que en esta territorialidad conjugada sea posible escrutar el «poder tutelar» (Souza Lima 1995) ejercido entre agentes universitarixs y trabajadorxs del servicio penitenciario sobre un segmento social muchas veces entendido como «incapaz» o «digno de tutela». Ahora bien, a esta imagen edulcorada de «presos apreciados» producida por un romance académico que toma como objeto de reflexión las motivaciones y actos de resistencias de personas encarceladas, podemos encontrar otra, la de «presos despreciados». Esta imagen gira nuestra atención hacia otro lugar: concluida la etapa más oscura de la Argentina (1976 – 1983) y posterior recuperación democrática, la universidad pública se posicionó manifestando que las causas penales marcan una frontera moral entre quien merece y no merece recibir educación superior en contextos de encierro carcelario. Primero en 2010 y luego en 2017, personas detenidas y condenadas por delitos de lesa humanidad solicitaron ser admitidas como estudiantes de la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), siendo negada la condición de «ciudadanía universitaria» en ambos momentos. En otra publicación (Blázquez 2024), pude observar que los sentidos políticos de la universidad en la cárcel atravesados por sentimientos de *compromiso* y *aversión* se reactualizan con delitos con marcas de género abriendo la puerta a nuevos reclamos punitivos.

Creo que estas imágenes desplegadas, la de «presos apreciados» y la de «presos despreciados», sostenidas ambas en los valores morales del «compromiso» y la «aversión», y en el paternalismo y la exclusión que explican los sentidos políticos de la universidad en la cárcel, nos ayudan a comprender la situación de perplejidad con la que abrí esta parte del artículo. El relato de *El Enmascarado* recupera algo de esta discusión posicionándose «entre» estas imágenes, indudablemente no es el «buen preso» que el público invitado fue a escuchar, pero tampoco es un genocida ni ocupa posiciones morales «equivalentes» (*Tranquila, señora. Aquí ninguno es violador, ni abusador, ni asesino*, afirma él). *El Enmascarado* es la incomodidad que emerge entre lo que se infunde en el territorio y lo que se espera, es lo que resultó de la propuesta desplegada y lo que las personas hicieron de ella.

5 Utilizo mayúscula y el encomillado para connotar una propuesta analítica que rechace la reificación del «Estado». Si bien en mi trabajo doctoral trabajo con la universidad pública cordobesa, no hay tal «Universidad», por el contrario, si nos acercamos, si la caminamos y buscamos comprender, encontraremos distintos tipos de entramados institucionales en la que cada unidad académica tiene sus propias lógicas para pensar el extensionismo universitario y maneras propias de intervenir el territorio carcelario. En lo siguiente, cuando hable de «universidad», a secas, busco señalar, cualquier propuesta educativa concebida por y desde este entramado de gobierno.

Creo que lo rico de esta situación yace en las tensas fronteras que producen bienes culturales, intervenciones universitarias y formas estatalizadas de administrar las diferencias y alteridades.

No es aquí el lugar para explayarme más en estas cuestiones, sin embargo, entiendo que el fragmento de *El Enmascarado* nos permite reflexionar sobre la relación siempre turbulenta entre universidad y cárcel. Así todo, anudada a la cuestión principal que en este artículo pretendo indagar, me gustaría observar otra arista del problema. Llegado el momento de textualizar las situaciones vividas en el trabajo de campo solemos «limpiar» un poco el asunto o «higienizar» algunas de las texturas de vida que pretendemos conocer, me refiero específicamente a aquello que Sherry Ortner (2016) denominó «higienización de la política» como una de las formas posibles de cometer rechazos etnográficos. ¿Adónde voy concretamente? A la hora de entender, analizar y enfrentar las atrocidades cometidas por nuestros interlocutores junto a las formas estatalizadas de abordarlos, es muy común que disimulemos los conflictos, como por ejemplo la fragmentación interna entre personas detenidas, las posiciones ambivalentes de sectores universitarios y las posturas contradictorias que también encarnan los movimientos de derechos humanos.

En las intervenciones universitarias que tuve la oportunidad de participar, percibí que a menudo se engrandece el «compromiso» y se disimula la «aversión», o dicho de otro modo, lidiamos mejor con la alteridad cuando nos relacionamos con «presos apreciados» que con los «despreciados». Esto claramente acarrea un problema, algo que Sherry Ortner advierte: «es la ausencia de conflicto interno lo que les confiere a muchos estudios de la resistencia un aire de romanticismo» (p. 61). Estas cuestiones nos colocan en un aprieto: los escenarios carcelarios en Córdoba son altamente conflictivos, con autoridades volátiles que modifican constantemente el territorio a intervenir y los consensos, lejos de ser sólidos y sostenibles en el tiempo, se nos muestran cada vez más fragmentarios y abiertos a nuevos reclamos punitivos a la hora de vincularse con ciertos actores.

Los riesgos de fascinar

En momentos anteriores a esta publicación, buscando divulgar las historias del taxista y del asaltante, algunos colegas supieron advertirme que no era necesario reponer algunas escenas en la escritura, que tal o cual detalle «era condimento», que debía tener cuidados porque podía humillar a quienes me confiaron su relato, o que era necesario pensar cómo retornar a ciertas escenas de sometimiento sin reproducir la gramática de su violencia.⁶ George Marcus (2016) supo indicar que el propósito del seminario de Santa Fé donde nacieron los textos de *Writing culture* fue introducir una conciencia literaria en la etnográfica como práctica de representación. Ahora bien, el ejercicio de inscribir hábilmente lo empírico en lo textual y poder representar la alteridad de un modo literario precisa un entrenamiento de las herramientas estéticas, de precauciones éticas y negociaciones en el campo para saber qué se puede decir y cómo esto puede ser leído.

Autoras como Adriana Vianna indaga sobre situaciones incómodas como éstas, específicamente sobre el universo prisional-manicomial: «es preciso dejar que algo del horror siga fluctuando incómodo hasta que se engrude en nosotros, lectores y lectoras, y no se disipe más» (2021: 375), esto implicaría, paradójicamente, mostrar el horror, hacerlo explícito, pero no explicarlo o domesticarlo del todo, remarcando, eso sí, que las elecciones narrativas no son banales. Otros autores advierten en esto la complicada situación de caer en una «pornografía de la violencia» en el acto de sumergir a los lectores a «espeluznantes detalles de derramamiento de sangre, agresiones y heridas» (Bourgois 2005: 17). Los fragmentos y escenas etnográficas aquí recuperadas nos enfrentan a interlocutores incómodos, figuras con las cuales resulta difícil congeniar un «compromiso político» o una

⁶ Esta última inquietud fue formulada por Saidiya Hartman (2008) a los fines de indagar las implicancias políticas del acto de narrar. Esta historiadora negra norteamericana, utiliza la «fabulación crítica» como metodología de investigación, pero fundamentalmente como práctica política para de recrear voces de mujeres esclavizadas.

«antropología por demanda», en los términos planteados de Segato (2013), debido a que perpetraron sufrimientos a otras personas y a la hora de narrar sus actos lo expresaron abiertamente, sin vergüenza y hasta con regocijo.

Reflexionando sobre estas tensiones, advierto que quienes investigamos sobre el horror, violencias y abusos solemos producir cierta fascinación en la construcción estética de nuestras etnografías. En el apartado que tiene al taxista como protagonista expliqué las consecuencias de reificar y/o fetichizar la violencia. Esto que señalo, nos trae el primer riesgo, ya que ponderar solo el horror evocado por nuestros interlocutores, generaría un efecto de luces y sombras sobre la realidad social que intentamos comprender. Es decir, el afán de multiplicar audiencias y fascinar a los lectores, trae aparejado la invisibilidad de otras violencias y tramas de significados de mayor importancia.

Con la figura de *El Oreja* intenté tener especial cuidado para no plasmar la imagen de un engendro, un monstruo definido por características psicológicas y vaciado de cualquier hilo social que lo enrede a su contexto. Convertido en esto, su figura se hincha y se deforma perdiendo todo rasgo de verosimilitud. De hecho, esto fue lo que sucedió cuando me acerqué a entrevistar a los operadores jurídicos que investigaban lo sucedido con el caso de linchamiento. Según la explicación de la fiscal, las distintas versiones de los hechos, incluyendo la de los propios asaltantes, junto a la testimonial del taxista y la de los policías que intervinieron en aquel momento, *todo resultaba confuso*. En el momento repuse que había visto por internet a un hombre que afirmaba haber golpeado a los ladrones, a lo que la fiscal respondió: *Sí, sí, pero ese estaba exagerando todo. Capaz que era un hombre que buscaba algo de cámara, vaya uno a saber...* Bajo mi sorpresa, agarré el expediente judicial que tenía en manos y leí en voz alta un testimonio: *me quemaron la cara con cigarrillos, me asentaban los cigarrillos en la sien y se empezó a juntar la gente...* La fiscal insistió en que esto tampoco era *tan* cierto. A los días de esta entrevista supe que lo que se decretó en la causa jurídica: «archivar las presentes actuaciones, sin perjuicio de continuar con la investigación si nuevos elementos probatorios así lo justificaran».

La sobredimensión, el exceso y la exageración en el tratamiento de la violencia, repercuten no sólo en las formas en la que opera su ejecución, sino en la manera misma de nombrarla y narrarla. Elsa Blair (2007) llama la atención de esta cuestión a partir del arte popular colombiano y del realismo mágico (específico de la escritura de Gabriel García Márquez y de las pinturas de Fernando Botero), sobre cómo la desmesura, la teatralización y la divulgación de la violencia tienden a «hinchar» lo real:

El hiperbolismo, si bien en una primera instancia intensifica el cuerpo real, tiene también la capacidad de negarlo, y en esa refutación, crea los mundos improbables. Ciertamente al proyectar las propiedades del cuerpo en un nivel de excepcionalidad, rompe las nociones de lo verosímil para entrar en el orden de lo imaginario [...] La realidad de la violencia del país - en su desmesura - se niega todos los días como si ocurriera en otra parte, o peor aún como si no estuviera ocurriendo sino en los dominios de lo imaginario. *Su exceso la vuelve improbable* (Blair, 2007: 212-213. Resaltado en el original).

En cambio, con la figura de *El Enmascarado* y su texto escrito en el taller de escritura y lectura creativa en contextos de encierro, advertí otro tipo de riesgo, allí señalé un rechazo etnográfico de la mano de lo que Sherry Ortner denomina «higienización de la política». Muchas veces, quienes trabajamos con personas en situaciones vulnerables, producimos silenciamientos y, un poco romantizando una posición combativa y otro poco por miedo a contribuir y reforzar las percepciones negativas de ellas o de sus territorios, lavamos nuestra escritura y la mostramos totalmente desinfectada. Ejemplo de esto es lo que revelan muchas etnografías contemporáneas: nuestros interlocutores no tienen nombres («personas privadas de la libertad»; «personas presas»; «sujetos encarcelados»), no mostramos sus posiciones ambivalentes, como tampoco las fragmentaciones que existen en el territorio, ni mucho menos las dimensiones morales que sustancian las formas de gestionar las alteridades. Allí, el riesgo de fascinar se asume aplanando todas las diferencias, y de este modo, hablamos de «sistemas

carcelarios» como si los efectos del encierro o las posibilidades de moldear mundos posibles fuese igual en cualquier parte y en cualquier momento.

Salir manchados

Para concluir, además de las preocupaciones desarrolladas hasta aquí, en las cuales lo «incómodo» y lo narrativo conforman dos ejes estructurantes del artículo, escribo con una incomodidad de otro tipo. Con una escala que trasciende los estados nacionales, nadie podría negar el ascenso de gobiernos autoritarios con características negacionistas y tendencias a desfinanciar la inversión pública de producción científica, especialmente en Ciencias Sociales. Hace unos años, en Brasil, Jair Bolsonaro afirmó que las actividades universitarias promovían *balburdia*, y se refirió a las Ciencias Sociales con profundo desdén, dijo que lo que hacemos es «marxismo cultural». En Argentina, con la victoria presidencial de Javier Milei y un segmento social que desde la pandemia no ha parado de crecer apela a las «fuerzas del cielo» para dirigir también a los ataques hacia este sector. Tengo amigos y colegas antropólogos que fueron ridiculizados en canales televisivos por los objetos de sus investigaciones, por los nombres de sus ponencias y artículos.

Es por todo esto que también encuentro necesario dirigir nuestra mirada hacia interlocutores que no simpatizamos y tenemos poco grado de identificación, al menos de forma consciente. Podríamos llamarlos de diversas formas: interlocutores difíciles de «tragar», «incómodos», «despreciables» o «repugnantes», y hasta podríamos pensar que sería como «bailar con el enemigo». Pero con adjetivar no alcanza y, como he mostrado, más que una cuestión de método, lo planteado alcanza una comprensión de la vida social desde lo ético, lo epistemológico y lo analítico. Hay una frase que se le atribuye a Jorge Luis Borges: «hay que tener cuidado al elegir los enemigos, porque uno acaba pareciéndose a ellos». Lo que afirma raspa e incomoda, pero de alguna manera refleja un costado político subrayado por diversos autores (Segato 2013; Shoshan 2016; Escolar 2017): la antropología tiene una marcada tendencia a privilegiar el punto de vista de grupos victimizados, lo que trae aparejado un «ethos de la compasión» (Fassin & Rechtman 2009) y, en consecuencia, la invitación a embanderarnos junto a estos en diferentes luchas en torno a reivindicación de derechos y justicia.

Por diferentes vías he percibido que los actos violentos cometidos por nuestros interlocutores y registradas por nosotros, por más distancia que establezcamos, de un modo u otro nos alcanzan y repercuten. En consecuencia, más que establecer vínculos de empatía con estos sujetos y buscar «colocarnos en sus zapatos» o «sentir sus dolores» con el objetivo de ampliar los horizontes de comprensión de nuestra disciplina, prefiero trazar otro camino. Me agrada la imagen donde el encuentro etnográfico es como tirarse por una chimenea llena de hollín, y luego al salir, mirándonos la cara, comprendemos que ambos, etnógrafos e interlocutores, estamos manchados.⁷ Que se entienda bien, no pretendo insinuar ni plantear ninguna simetría, no obstante, si en la etnografía buscamos comprender al otro a partir de la propia experiencia, debemos considerar, cuando menos, la posibilidad de salir tiznados de ese encuentro.

En un artículo donde se problematiza qué implica/significa escribir sobre personajes moralmente reprochables, Martínez-Moreno (2022) teoriza sobre esta cuestión a partir de tres colegas antropólogas que trabajaron con excombatientes del conflicto armado colombiano, paramilitares y guerrilleros. En todas aparece una experiencia vivida a partir del *miedo* o *asco* presenciado, y como consecuencia un costo a pagar, un *mal* que queda dentro del cuerpo de ellas producto de haber escuchado, narrado o registrado historias que emergen como una especie de veneno en la que luego se torna imposible depurar totalmente en la escritura. Este autor nos dice algo que debe ponderarse: si para producir conocimiento etnográfico necesitamos tener confianza

7 La anécdota del Talmud sobre la chimenea es utilizada por Lacan en 1960 y reformulada en 1966 para referirse a la experiencia analítica donde reconoce que tanto el analista como el analizante están marcados por sus consecuencias. Conozco de esta historia a partir de Gloria Leff (2008) *Juntos en la chimenea - La contratransferencia, las «mujeres analistas» y Lacan*.

en los vínculos construidos con nuestros interlocutores, como contrapartida, no podemos olvidarnos que la violencia imanta y contamina al investigador.

En la investigación doctoral en curso tuve la oportunidad de observar a algunos colegas salir de prisión con el brazo cruzando el estómago y acusando ganas de vomitar. La pestilencia que emanan algunos sectores con restos de trapos húmedos mezclado con tabaco, sobras de comida, creolina y excremento de palomas que se acumula de a pilas por rincones, y el olor ácido que desprenden ciertos cuerpos luego de pasar días en salas de castigo es nauseabundo. Es muy difícil hacer registros de campo el día que se ingresa a la prisión, a veces, en el mejor de los casos, solo es posible registrar las conversaciones con otros colegas o algún familiar en el colectivo de regreso a casa. Y digo a veces porque si no es olor, es ruido, es barullo, es la capa sonora de un paisaje estridente que un poco agobia y otro poco irrita.

Lo que he intentado mostrar en este trabajo es que hay interlocutores que también nos agobian e irritan. Y más también, quizás nos dan arcadas por lo que hacen o dicen que hacen. A veces un cuerpo fétido o un rincón hediondo se parece, por lo que genera, al malestar que despiertan algunas personas con las que nos relacionamos. Suele pasar que, en estas situaciones, se activa un movimiento fisiológico, una reacción corporal inmediata, hay necesidad de girar la cabeza y mirar a otro lado, cerrar los ojos, secar la humedad que brota de las manos o detener como sea el retorcijón del estómago. Sin embargo, y tal como nos recuerda la filósofa Sara Ahmed (2015), la repugnancia es un sentido ambivalente «implica el deseo o la atracción por los mismos objetos que se siente que son repulsivos» (p. 136). El punto pasa por saber sintonizar políticamente el para qué de ese encuentro y el cómo nos alcanzan y afectan estas situaciones, para conseguir luego dar valor etnográfico a ese malestar.

En el cuento de Lamborghini, el personaje principal, Esteban y Gustavo, violan de una manera brutal a un niño, el Niño Proletario, y al hacerlo producen flujos, heces y vómitos que, en un acto de hermanación gozante, entre ellos beben, tragan y digieren. En el fragmento del taxista, *El Oreja* golpea a los ladrones, con las dos piernas, con la renga y con la zurda, hasta romperse las zapatillas, hasta «darles un poco de cariño» y luego festejar con sus amigos tomando cervezas. En el fragmento del asaltante, *El Enmascarado* roba y golpea a una familia entera para inmediatamente dirigirse a una desenfadada noche de excesos, entre cocaína y psicofármacos. Sin querer homologar, en todos éstos aparece la necesidad de buscar una sustancia para digerir lo que allí sucede. Este sentimiento de ambivalencia los persigue, y a nosotros etnógrafos también, lo que ellos hacen nos repele, pero de una manera pegajosa también captan nuestra atención hasta dejarnos regurgitando. Paul Stoller (2022) nos invita a recuperar la fuerza afectiva de lo que ofende el gusto, y con ello una latente provocación a incorporar el «disgusto» como valor etnográfico. Recuperar lo sensual, sensible y sensorial que se encarna, que se trae en la ropa y hasta en los papeles que se acumulan entre la documentación estatal requerida forma parte de la necesidad de rescatar las texturas de vida que conforman los mundos que etnografamos.

Recibido: 16 de febrero de 2024

Aceptado: 22 de julio de 2024

Bibliografía

- AHMED, Sara. 2015. *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM.
- BENJAMIN, Walter. 2012. “El Narrador”. In: *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica y otros textos*. 1ª ed. Buenos Aires: Ediciones Godot Argentina. p. 101-130.
- BLAIR, Elsa. 2007. “La teatralización del exceso. Un análisis de las muertes violentas en Colombia”. In: F. Martos; A. González (comp.), *Etnografías de la muerte y las culturas en América Latina*. Colombia: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. p. 209-234.
- BLÁZQUEZ, Nahuel. 2018. *Linchamentos: relações entre violência, ordem e espaço em bairros de Córdoba, Argentina*. Dissertação de mestrado, Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social do Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.
- BLÁZQUEZ, Nahuel [et al.]. 2019. *Martes a la siesta*. 1a ed. Córdoba: Lago Editora.
- BLÁZQUEZ Nahuel. 2022a. “A José me lo mataron como un perro. Duelo y movilización social ante un linchamiento en Córdoba”. En *Papeles de Trabajo*. Vol. 15 Núm. 27 (2021): Víctimas emergentes, escenarios actuales
- BLÁZQUEZ Nahuel. 2022b. *No puedo cerrar los ojos acá adentro - Crónicas de un antropólogo*. Córdoba: Lago Editora.
- BLAZQUEZ, Nahuel. 2024. “De compromisos y aversiones: sentidos políticos de la universidad en la cárcel”. *Antropolítica - Revista Contemporânea De Antropologia*, 56(1).
- BOURGOIS, Philippe. 2005. “Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador”. In: Francisco José Ferrándiz Martín y Carles Feixa Pàmols (comp.), *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos. pp. 209-234.
- BUSTOS DOMEcq, Honorio. 1977. *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*. Buenos Aires: Librería La Ciudad.
- ECHEVERRÍA, Esteban. 2006. *El Matadero y otros textos*. 1ª ed. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- ESCOLAR, Diego. 2017. *Gendarmería: los límites de la obediencia*. Buenos Aires: Editorial SB.
- FASSIN, Didier; RECHTMAN, Robert. 2009. *The Empire of Trauma. An Inquiry into the Condition of Victimhood*. Princeton: Princeton University Press.
- GUBER, Rosana. 2019. “Malestares de digestión... de campo académico”. In: Florencia Tola et al. (comp.), *Malestar en la etnografía. Malestar en la antropología*. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social. P. 134-147
- HARTMAN, Saidiya. 2008. “Venus in Two Acts”. In: *Small Axe*, Number 26 (Volume 12, Number 2), pp. 1-14 (Article). Published by Duke University Press
- KATZ, Jack. 2023. *Los encantos del delito: atracciones morales y sensuales de la maldad*. 1a ed. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- LAMBORGHINI, Osvaldo. 1988. “El niño proletario”. In: *Novelas y cuentos*. Ed. César Aira. Buenos Aires: Del Serbal. p. 63-70.
- LEFF, Gloria. 2008. *Juntos en la chimenea. La contratransferencia, las “mujeres analistas” y Lacan*. Ciudad de México: Epeele.
- MARCUS, George. 2016. “Posfácio: A escrita etnográfica e as carreiras antropológicas”. In James Clifford e George E. Marcus (comp.), *A escrita da cultura: poética e política da etnografia*. Rio de Janeiro: EdUERJ; Papéis Selvagens Edições. p. 359-364.
- MARTÍNEZ-MORENO, Marco J. 2022. “‘Cosas que no están escritas en el texto’: una exploración sobre la investigación antropológica con los violentos”. In: M. Jimeno et al. (comp.), *Antropología, violencia y actores sociales en América Latina*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. pp. 279-306.

- ORTNER, Sherry. 2016. “La resistencia y el problema del rechazo etnográfico”. In: *Antropología y teoría social. Cultura, poder y agencia*. Buenos Aires: UNSAM. pp. 57-77.
- ROBBEN, Antonius. 2011. “Seducción Etnográfica, Transferencia, y Resistencia en Diálogos sobre Terror y Violencia en Argentina”. En *Aletheia*, 1(2).
- SEGATO, Rita. 2013. “Una antropología por demanda, una antropología litigante”. In: *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo. p. 11-17.
- SEGATO, Rita. 2018. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires, Prometeo.
- SHOSHAN, Nitzan. 2016. “Más allá de la empatía: la escritura etnográfica de lo desagradable”. *Nueva Antropología*, 83:147-162.
- SIRIMARCO, Mariana. 2019. “Lo narrativo antropológico. Apuntes sobre el rol de lo empírico en la construcción textual”. *RUNA, Archivo para las ciencias del hombre*, 40(1): 37-52.
- SOUZA LIMA, Antonio Carlos de. 1995. *Um grande cerco de paz: Poder tutelar, indianidade e formação do Estado no Brasil*. Petrópolis/ Rio de Janeiro: Vozes
- STOLLER, Paul. 2022. *O gosto das coisas etnográficas: os sentidos na antropologia*. Rio de Janeiro: Papéis Selvagens Edições.
- VIANNA, Adriana. 2021. “Posfácio – Escrever (contra) o horror”. In: Fabio Mallart (comp.), *Findas Linhas: Circulações e Confinamentos pelos Subterrâneos de São Paulo*. Lisboa: Etnográfica Press. p. 375-385.

Nahuel Adrián Blázquez

National University of Córdoba, Institute of Anthropology of Córdoba, National Council of Scientific and Technical Research (CONICET), Argentina.

<https://orcid.org/0000-0001-5432-3698>

nahuelblazquez@gmail.com

Editores del dossier

Marco Julián Martínez Moreno (<https://orcid.org/0000-0001-8223-5169>)

Universidade Federal do Rio de Janeiro, Museu Nacional, Programa de Pós-graduação em Antropologia Social, Rio de Janeiro, RJ, Brasil

Email: akkmj@gmail.com

Ana María Forero Angel (<https://orcid.org/0000-0002-2483-1154>)

Universidad de Los Andes, Departamento de Antropología, Colômbia

Email: am.forero26o@uniandes.edu.co